

Domingo 18: La Ascensión de Cristo

Preguntas y Respuestas 46-49

Lectura: Lucas 24:36-53

Salterios:

Primero: 183:1-2

Segundo: 241:1-2

Tercero: 241:3-7

Cuarto: 200:2

Último: 202:2

Querida congregación,

Al leer los últimos versículos de Lucas 24, puede llamarnos la atención la diferencia entre los discípulos después de que Jesús había *resucitado* y los mismos discípulos después de que Jesús había *ascendido*. Cada vez que Cristo resucitado aparecía a Sus discípulos, ellos no estaban dispuestos a dejarle ir. Las mujeres, María Magdalena y Tomás, todos querían retenerlo. Querían que Jesús se quedara con ellos. Sin embargo, cuando el Señor Jesús ascendió al cielo, se regocijaron. Eso es exactamente lo opuesto de lo que esperaríamos, ¿cierto? Esperaríamos verlos llorando, pero, en cambio, leemos en Lucas 24: *“Y ellos, después de haberlo adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios”* (versículos 52-53).

¿Cuál es la razón de esta diferencia? La respuesta a esta pregunta es muy significativa. Tiene gran importancia para la vida de la iglesia de Dios aquí en la tierra. Esperamos encontrar la respuesta en nuestro Catecismo de Heidelberg, en el Domingo 18. La porción de nuestro Catecismo que ahora pide nuestra atención se encuentra en el Domingo 18, las cuatro preguntas.

Pregunta 46: ¿Qué entiendes por: “subió a los cielos”?

Respuesta: Que Cristo, a la vista de Sus discípulos, fue elevado de la tierra al cielo, y que está allí para nuestro bien, hasta que vuelva a juzgar a los vivos y a los muertos.

Pregunta 47: Entonces, ¿no está Cristo con nosotros hasta el fin del mundo, como lo ha prometido?

Respuesta: Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre: en cuanto a la naturaleza humana ahora ya no está en la tierra; pero en cuanto a Su deidad, majestad, gracia y espíritu en ningún momento está ausente de nosotros.

Pregunta 48: Pero si la naturaleza humana no está en todas partes donde está la divina ¿no se separan con esto las dos naturalezas en Cristo?

Respuesta: De ninguna manera: porque dado que la divinidad es incomprendible y está presente en todo lugar, resulta necesariamente que en efecto está fuera de la naturaleza humana que ha tomado, pero con todo y con eso está en ella y queda unida a ella personalmente.

Pregunta 49: ¿Qué beneficios nos da la ascensión de Cristo al cielo?

Respuesta: Primero: Él es nuestro intercesor en el cielo delante del Padre. Segundo: Que tenemos nuestra carne en el cielo para que, por ello, como una garantía, estemos seguros de que Él, siendo nuestra cabeza, nos atraerá a Sí como miembros Suyos. Tercero: Que desde allí nos envía Su Espíritu como prenda recíproca, por cuya virtud buscamos, no las cosas de la tierra, sino las de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.

El Domingo 18 habla acerca de:

La Ascensión de Cristo

Se dicen tres cosas acerca de Cristo:

1. Fue al cielo como hombre
2. Permanece en la tierra como Dios
3. Une el cielo y la tierra como Mediador

Repito: Meditaremos en la ascensión de Cristo. En primer lugar, fue al cielo como hombre (Pregunta 46); en segundo lugar, permanece en la tierra como Dios (Preguntas 47-48); y, en tercer lugar, une el cielo y la tierra como Mediador (Pregunta 49). Que el Señor añada Su bendición indispensable e inmerecida.

Primer pensamiento. Fue al cielo como hombre.

Congregación, cuando nuestro Catecismo plantea la pregunta: “¿Qué entiendes por: ‘subió a los cielos’?”, la respuesta no es tan difícil: “Que Cristo, a la vista de Sus discípulos, fue elevado de la tierra al cielo, y que está allí para nuestro bien, hasta que vuelva a juzgar a los vivos y a los muertos.” Esa es una respuesta muy clara. En la pregunta leemos las palabras: “subió a los cielos”. En la respuesta leemos: “Que Cristo ... fue elevado de la tierra al cielo”. Son dos perspectivas del mismo evento. Cristo *subió* al cielo, y *fue elevado* al cielo. Él ascendió por Su propio poder, como también cantamos en uno de nuestros Salterios: “Oh Dios, Tú has ascendido a lo alto a reinar” (Salterio 183:1).

El Señor Jesús ascendió por Su propia fuerza, pero, a la vez, fue elevado al cielo por el poder de Dios, por la fuerza de Su Padre. Oímos esto también en Lucas 24: *“Y aconteció que, mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo”* (versículo 51). Fue recibido de nuevo en casa. Después de haber acabado la obra que el Padre le dio que hiciera aquí en la tierra, le fue permitido volver. Las puertas del cielo fueron abiertas y el Padre le dio la bienvenida; sí, en Él el Padre da la bienvenida a todo Su pueblo. Allí está el gran significado, el profundo sentido de la ascensión. Cristo vuelve a Su Padre y, a través de Él, la iglesia es restaurada a la comunión con Dios. Ellos reciben la bienvenida. Son llevados al corazón paternal de Dios.

La Pascua significa que un pecador culpable es absuelto por Dios de su pecado y culpa y recibe un título a la vida eterna. Pero *la Ascensión* significa que la iglesia es puesta en el corazón del Padre, de Aquel que dice: *“Con amor eterno te he amado; por tanto, te extendí mi misericordia”* (Jeremías 31:3). Oh, cuán benditos son los que ya aquí, por la fe, pueden experimentar este regreso a casa, pero algún día en perfección, cuando la fe sea cambiada por la vista. ¡Qué gran consolación hay en la ascensión de Cristo!

Congregación, no es de sorprender que Satanás intente negar el hecho de la ascensión de Jesús y torcer su realidad. Lo hace de varias maneras. Él inspira a sus seguidores a burlarse de ello. El mundo dice: *“¿Cómo es posible que alguien sea llevado de una montaña y luego viaje al cielo en una nube?”* Los teólogos liberales tampoco saben cómo tratar esta verdad. Ellos señalan que hoy sabemos mucho más sobre la ciencia, sobre las leyes de la gravedad, la atmósfera y el universo. Dicen: *“Lo que leemos en la Biblia es imposible. Tenemos que descartarlo o darle un significado diferente.”* Así, en un estilo moderno de predicación, el glorioso hecho de la ascensión de Cristo desaparece detrás del horizonte.

Felizmente, nosotros no tenemos que tropezar con estas cosas. No servimos a un Dios prisionero de Sus propias leyes, las leyes de la naturaleza. Además, la maravilla más grande no es que el Señor Jesús haya subido de la tierra al cielo. ¿Cuál es, entonces, la maravilla más grande? ¡Que Él *descendió* del cielo! Él estaba dispuesto a dejar la gloria de Su Padre y venir a este valle de lágrimas. Él estaba dispuesto a humillarse y morir por pecadores perdidos. Esa es la maravilla más grande. Si tan solo viéramos eso correctamente, entonces la ascensión es algo que daríamos por sentado. Es simplemente la conclusión del asunto, el fin necesario. Es el regreso a casa del Hijo de Dios. Por lo tanto, los escritores de los Evangelios, en general, son muy breves acerca de este último hecho en la historia de la salvación.

No así nuestro Catecismo. Si miramos al Domingo 18, encontramos cuatro preguntas y respuestas largas. Los autores del Catecismo de Heidelberg necesitaron muchas palabras para explicar la ascensión de Jesús e indicar su significado espiritual. Si comparamos esto con el Domingo anterior, el que trata de la resurrección de Cristo, vemos una gran diferencia. En el

Domingo 17, hay solo una pregunta y respuesta. En el Domingo 18, tenemos cuatro preguntas y respuestas. ¿Por qué esta diferencia?

Usted recordará de la última vez que, con respecto a la resurrección de Jesús, no había discordia entre los católicos romanos, las iglesias reformadas y los luteranos. Todos creían que Jesús resucitó de entre los muertos. No era un punto de controversia. Con respecto a la ascensión de Cristo, sin embargo, sí había diferentes opiniones. Por ejemplo, Martín Lutero enseñaba que el cuerpo de Cristo estaba en todos lados porque se había unido a Su naturaleza divina. Desde Su ascensión, el cuerpo de Cristo podía ser encontrado en todo lado, no solo en el cielo sino también aquí en la tierra. Cristo ya no era un ser humano como nosotros porque Su cuerpo había sido deificado. Según Lutero, la ascensión no era un cambio de *lugar* sino un cambio de *condición*. Cristo no había ascendido realmente. Su cuerpo estaba presente tanto en la tierra como en el cielo. Eso es lo que decía Martín Lutero.

Esta idea rara tenía que ver con su doctrina de la Santa Cena. Lutero enseñaba que, cada vez que se administra el pan y el vino en la mesa del Señor, el cuerpo de Cristo está literal y físicamente presente debajo de los símbolos de Su sufrimiento. Así lo creyó él. Esto puede resultar un poco difícil de entender, pero intenten seguirlo por un momento. Es importante para nosotros discernir la verdad y el error, también hoy en día. El asunto no es lo que *nosotros* sentimos acerca de algo, sino lo que el *Señor* dice acerca de ello en Su Palabra. Cualquier cosa que se desvíe de la verdad, deshonra a Dios y daña la vida de gracia. Por eso, deberíamos tener un entendimiento claro de las falsas doctrinas, incluso cuando son promovidas por un reformador respetado.

Quizás usted se pregunte: “¿Cuáles son las consecuencias del punto de vista de Martín Lutero de que el cuerpo de Cristo está presente en todo lado, no solo en el cielo sino también aquí en la tierra?” Podemos mencionar por lo menos dos cosas. En primer lugar, si Martín Lutero tenía la razón en lo que decía, entonces es muy difícil acercarse a Cristo. Si su naturaleza humana se ha vuelto divina, Él ya no es un verdadero hombre como lo somos nosotros. Así se vuelve difícil acercarnos al Salvador. Si Lutero está en lo correcto, los hijos de Dios ya no tienen un Hermano Mayor de su misma carne y sangre. Ya no tienen un Pariente a la diestra del Padre. Esa es la primera consecuencia.

La segunda consecuencia es justamente lo opuesto de la primera. Si la naturaleza humana de Cristo se ha convertido en divina, entonces el límite entre Dios y el hombre se vuelve difuso. ¿Lo entienden? En el pensamiento de Martín Lutero, las dos naturalezas de Cristo casi convergen en una sola. La naturaleza humana se ha vuelto divina, y Su naturaleza divina se ha vuelto más o menos humana. Así, el límite entre Dios y el hombre es casi borrado. La distinción entre el Creador y la criatura está difuminada, lo que es una característica del misticismo. Todas las formas del misticismo difuminan esa distinción porque tienen como su meta la unificación con Dios. Pero entonces ya no estamos sobre fundamento bíblico.

La Palabra de Dios nos enseña que hay una doble separación entre Dios y el hombre. Hay una separación entre Dios y el hombre, en primer lugar, porque Dios es el Creador. Nosotros somos criaturas, meras criaturas —nada menos y nada más. En segundo lugar, Dios es santo mientras que nosotros somos pecadores. Los ángeles cubren sus rostros ante Él mientras cantan: “*¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria!*” (Isaías 6:3). Dios es santo, y nosotros somos impíos. Somos pecadores y no podemos mantenernos en pie ante Él. Así que, hay una doble separación: Dios es el Creador, y nosotros criaturas; Dios es puro y nosotros impuros.

Congregación, no debemos perder de vista nunca esta doble separación. Más bien, debe ser revelada a nosotros por las operaciones del Espíritu Santo. ¿Ha sucedido ya en su vida que usted se ha encontrado frente a ese abismo y tuvo que clamar: “¡Señor! ¿Cómo cruzaré ese abismo? ¿Cómo seré convertido a Ti? ¡Ese abismo es tan grande como el océano! ¿Cómo me reconciliaré con Dios?” Es tan necesario aprender esto en la escuela de gracia. Solo entonces se convertirá en una maravilla que, en Cristo, el Señor haya sanado esa brecha. En la sangre del Salvador, Dios ha reparado ese abismo. ¡Oh, es inexpresable cuando esto puede ser experimentado; que haya unidad otra vez entre Dios y el hombre, que hay comunión a través de Cristo!

Aun así, cuando los pecadores son restaurados a la comunión con Dios, permanecen siendo criaturas. No son, por decirlo así, absorbidos en Dios. Los hijos de Dios permanecen siendo criaturas, criaturas humildes hechas de polvo. Oh, si alguna vez se sienten criaturas ante Dios, es cuando pueden acercarse a Dios por la sangre de Cristo. Entonces se sienten como polvo y cenizas, como exclamó Abraham.

El Catecismo dice que Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios. Él es ambas naturalezas al mismo tiempo. Estas dos no se mezclan. El cuerpo de Cristo está en el cielo. El Señor Jesús partió de este mundo como hombre, trasladándose de un lugar a otro, visible y físicamente, a la vista de Sus discípulos. En la *Liturgia para la Celebración de la Santa Cena*, los participantes son amonestados a no aferrarse con sus corazones al pan y vino terrenales, sino, más bien, elevarlos al cielo donde Cristo es el Abogado a la diestra de Dios el Padre. ¿Lo escuchan? “Donde Jesucristo, nuestro abogado, está a la diestra de Dios, el Padre”. Los ojos ven el pan, la señal, pero el corazón es elevado al cielo.

¿Ha sucedido alguna vez eso en su vida? Por naturaleza, somos tan carnales. ¿Hay aún un remanente que mire al cielo en medio de toda su angustia? ¿Conoce algo de esos impulsos de amor, esos movimientos en el alma, ese deseo de ascender con Cristo al cielo? ¿O no está familiarizado con eso? ¿No conoce nada de esas horas en el Monte de los Olivos cuando el Señor atrae el corazón hacia Sí? ¿Es usted aún un extraño a ese anhelo interior, a esa nostalgia, a esa hambre por la justicia de Cristo y a esa sed de comunión con nuestro Creador? Eso significaría

que no hay vida en su alma y no hay amor en su corazón. Significaría que Cristo sigue siendo un extraño para usted.

¿Puedo dar un ejemplo? Cuando usted se despide de alguien en el aeropuerto, hace una gran diferencia quién es esa persona. Si es su propia esposa, no se dará la vuelta inmediatamente. Si es su esposo quien está viajando por un período extendido de tiempo, usted esperará hasta ver el avión despegar y desaparecer en la distancia. Usted seguirá ese avión con sus ojos tanto como pueda, quizá con una lágrima en el ojo. Pero si se trata de otra persona, por ejemplo, una relación de negocios ha venido a verle y tiene que dejarle en el aeropuerto, lo lleva al lugar correspondiente; se despide; se aleja en su vehículo y rápidamente vuelve a su trabajo. ¿Ven la diferencia? Cuando hay amor, apenas se puede separar del lugar donde tiene que despedirse de un ser querido.

Ahora, consideren a los discípulos en el Monte de los Olivos; véanlos allí parados. Cuando Cristo regresó al cielo, se quedaron y miraron hasta que una nube lo ocultó de su vista. Entonces, dos ángeles tuvieron que decirles que no siguieran mirando hacia el cielo, sino que regresen a Jerusalén y esperen el tiempo en que su Maestro regresará. El hecho de que casi no pudieron salir de ese lugar manifestó el amor que había en sus corazones. ¿Entendemos lo que significa eso? Cuando Cristo se ha vuelto indispensable en su vida, su corazón puede anhelarlo tanto. Entonces, el lenguaje de su corazón es: “¡*Tengo* que extrañarlo, y *no puedo* extrañarlo! He merecido estar lejos de Él por mis pecados, mi rebelión, mi incredulidad y mi mundanalidad. Tengo que extrañarlo, y es mi culpa que haya una brecha entre Dios y mi alma. Sin embargo, no puedo extrañarlo.” Entonces, hay solo Uno que puede sanar esa brecha. Es Cristo, quien *descendió* del cielo y luego *regresó* al cielo.

Ah, hay tanto consuelo en el *nacimiento* de Cristo, en Su venida a este mundo. Hay consuelo para alguien que se ha convertido en un pecador perdido y culpable. Pero hay también un rico consuelo en la *ascensión* de Cristo, consuelo para un pueblo que ha sido guiado más allá en los caminos del Señor. En Su regreso al Padre, hay consuelo para los que han llegado al fin de sí mismos y a quienes se les concedió hallar la salvación en Aquel que murió, resucitó y luego ascendió. Hay consuelo en ese glorioso hecho porque Jesucristo partió como hombre y ahora aboga por la causa de Su pueblo a la diestra del Padre. Partió como hombre, pero, al mismo tiempo, permaneció como Dios. Ese es nuestro segundo pensamiento.

Segundo pensamiento. Permanece en la tierra como Dios.

Congregación, si tratamos de imaginar lo que significó la ascensión de Cristo para los discípulos, solo podemos pensar que debe haber sido un día oscuro para ellos. Debió haberles afligido profundamente que su Maestro, el Esposo de la iglesia, ya no estuviera en medio de ellos. Su Rey fue elevado de la tierra al cielo. Él había prometido: “*He aquí, yo estoy con vosotros todos*

los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). Pero ahora Él los había dejado. ¿Ya no era verdadera Su promesa? ¿Fue el Señor infiel a Su propia palabra? No, no lo fue. Ninguna de Sus palabras caerá a la tierra. El Señor Jesús bendijo a Sus discípulos cuando ascendió al cielo. Él los dejó, y sin embargo, *no* los dejó. Por eso los discípulos pudieron regresar a Jerusalén con gozo y alabanza.

Escuchen lo que dice nuestro Catecismo: “En cuanto a la naturaleza humana ahora ya no está en la tierra; pero en cuanto a Su deidad, majestad, gracia y espíritu en ningún momento está ausente de nosotros.” En otras palabras, se fue como hombre, pero permanece aquí como Dios. Físicamente, Cristo ya no está aquí en la tierra. En el aposento de la Pascua, Él dijo: “*Voy, pues, a preparar lugar para vosotros*” (Juan 14:2), y en otra ocasión, dijo: “*Siempre tenéis a los pobres con vosotros, mas a mí no siempre me tenéis*” (Mateo 26:11). Como hombre, Él se fue; pero, como Dios, Él nunca deja a los Suyos. Y gracias a Dios que no es al revés. Imaginen que Él hubiera partido como Dios, pero permanecido como hombre; ¡entonces, el Hijo de Dios habría abandonado a Su iglesia con Su poder omnipotente y Su favor divino!

Sin embargo, nuestro Catecismo dice que, en cuanto a Su deidad, en ningún momento está ausente de Su iglesia. Por Su poder divino, resucita a las personas de la muerte espiritual. Por Su luz divina, revela el pecado y la depravación. Por Su amor divino, causa que ellos digan: “*Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero*” (1 Juan 4:19). “En cuanto a Su deidad ... en ningún momento está ausente”. Tampoco está ausente de ellos en cuanto a Su majestad. ¡Oh, esa majestad de Cristo! ¿Alguna vez ha aprendido a temblar ante la majestad de Su Palabra? ¿Se ha vuelto Dios tan grande y digno de adoración ante sus ojos que solo podía temblar ante Él? ¿No ve usted ninguna salida, de modo que tiene que inclinarse ante Dios y aprobar Su juicio? ¡Escuche! En cuanto a Su gracia, Él en ningún momento está ausente de Su iglesia. Esa gracia ha sido obtenida para personas dignas del infierno. La gracia es el cetro de oro que Él extiende hacia alguien que se refugia en Él como Ester, hacia un pecador condenado. Oh, cuando Él concede misericordia, esa misericordia siempre permanecerá con Su pueblo. Nunca los deja en cuanto a Su deidad, majestad y gracia.

Pero aún hay más. Nuestro Catecismo dice que en ningún momento está ausente de Su iglesia, tampoco en cuanto a Su *Espíritu*. El Espíritu Santo pone el vínculo entre el cielo y la tierra. Él toma los tesoros de Cristo y los aplica al corazón de Sus pobres y necesitados. El Espíritu de Cristo en ningún momento está ausente de Su iglesia. Usted no necesita subir al cielo, pecador quebrantado. Si Cristo ya no estuviera en la tierra como Dios, usted tendría que construir una escalera hecha de sus buenas obras, sentimientos y lágrimas para subir al cielo. Pero no, usted puede permanecer exactamente donde está. Él vendrá a usted en el lugar en que usted ha sido echado al polvo. Oh, pecador necesitado, Él ciertamente vendrá a usted en Su tiempo, y nunca más se alejará de usted. Él dice a Su pueblo: “*No te dejaré ni te desampararé*” (Hebreos 13:5).

¿Dónde hace el Señor sentir Su presencia de manera particular? En Su casa, donde Su pueblo se congrega. Él ha prometido: *“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos”* (Mateo 18:20). Allí, un Tomás incrédulo recibe fe para contemplarlo. Allí, una María Magdalena abatida es levantada y consolada por el Salvador. Allí, el Señor realiza Su maravillosa obra y desea estar en medio de aquellos que son tan queridos por Su Padre.

¡Cuán grande es eso! ¡En ningún momento se aleja de ellos! De otro modo, la iglesia ya habría sido consumida hace mucho tiempo. Habrían perecido, no solo en el fuego de la tribulación y persecución, sino también por sus pecados, sus desviaciones y su infidelidad. Sin embargo, la promesa de Cristo permanece: *“He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mateo 28:20). Aunque el cuerpo físico de Cristo ahora está en el cielo, eso no excluye que Él mismo esté presente con Su pueblo hasta el fin del mundo, pues está entre ellos en cuanto a Su deidad, majestad, gracia y Espíritu. Esta es la respuesta a la primera objeción mencionada en nuestro Catecismo.

Sin embargo, hay otra objeción planteada por los seguidores de Martín Lutero. La encontramos en la tercera pregunta del Domingo 18. Mientras que la primera objeción era de carácter más o menos bíblico, la segunda tiene que ver con la doctrina o la teología dogmática. Escuchemos la objeción en la Pregunta 48: *“Pero si la naturaleza humana no está en todas partes donde está la divina, ¿no se separan con esto las dos naturalezas en Cristo?”* Los luteranos decían a los predicadores reformados: *“Con su enseñanza, ustedes están separando las dos naturalezas de Cristo. Según ustedes, la naturaleza humana de Cristo está en el cielo mientras Su naturaleza divina está por todos lados. ¿No resulta esa enseñanza en una separación de las dos naturalezas?”*

¿Qué dijeron nuestros antepasados en respuesta a eso? *“De ninguna manera: porque dado que la divinidad es incomprensible [es decir, que no puede ser limitada ni restringida] y omnipresente [es decir, que está presente en todo lugar], se sigue necesariamente que en efecto está más allá de la naturaleza humana que ha asumido, pero con todo y con eso está en esta naturaleza y permanece personalmente unida a ella.”* Nuestro Catecismo no intenta explicar el misterio. *No puede* ser explicado. Con reverencia, escucharon lo que las Escrituras dicen y confesaron lo que encontraron en ellas. Es algo más allá de nuestra comprensión, algo que es revelado no a los sabios y entendidos, sino a los niños. No lo podemos explicar. Ni aún *deseamos* explicarlo.

Sin embargo, pensemos en una ilustración para hacerlo más entendible. Piensen en el sol. Niños, se puede ver el sol en el cielo. El sol está en un solo lugar, no en dos lugares a la vez. Sin embargo, la *luz* del sol está por todas partes. Los rayos del sol van en todas direcciones. Así que, ¿dónde está la luz del sol? Pueden señalar al sol mismo, pero también pueden mirar alrededor de ustedes. Está por todas partes. Así es con Cristo, el Sol de justicia. Sí, Él está en el cielo. Él está allí en cuanto a Su naturaleza humana, pero Su Espíritu está por todas partes. La luz de Su rostro

viene de lo alto, pero se extiende por todas partes. Su naturaleza divina no está limitada ni restringida; llena el cielo y la tierra. No separamos las dos naturalezas de Cristo, pero decimos que Su naturaleza divina —aunque unida con Su naturaleza humana— no puede ser encerrada por ella. El Señor Jesús está en todas partes.

¿Saben dónde pueden encontrarlo más especialmente? Pueden encontrarlo entre Su pueblo. Esa es una maravilla. Es cierto que el Señor está en todo lugar, en las montañas y en los valles, pero ¿qué consuelo derivamos de ello si el Señor no está *conmigo*? ¡Eso es tan necesario! Oh, cuán grandioso es cuando el Señor quiere estar con alguien de espíritu contrito y cuando sostiene con palabras al cansado. El Señor está especialmente donde se encuentra un pecador necesitado, uno que se siente tan inconverso, tan poco espiritual y tan carnal. Allí es donde Él quiere estar con Su Espíritu, deidad, gracia y majestad. Allí es donde le agrada estar en Su beneplácito.

¿Puedo darles otro ejemplo, congregación? Piensen en su propio cuerpo y espíritu. Nuestro cuerpo solo puede estar en un lugar a la vez, pero nuestro espíritu puede ir a diferentes lugares. Esto puede ocurrir cuando ustedes están en la iglesia, ¿no es así? Pueden tener los ojos abiertos, pero, al mismo tiempo, estar en otro lugar con sus pensamientos. Su espíritu viaja a otro sitio. U otro ejemplo, uno que las madres pueden entender bien: puede suceder que un hijo esté en el otro lado del mundo, pero su madre lo acompaña en su corazón. Si ocurre un accidente en ese país lejano, ella no está allí. Pero, incluso antes de que suene el teléfono, ella ya ha sentido dentro de sí que algo ha sucedido. Un sentimiento de pesadez ha invadido su corazón. Parece que, aunque físicamente esté aquí, su espíritu está con ese hijo.

Quizá sea un ejemplo muy pobre, pero así es con Cristo, aunque en un sentido mucho más profundo. Él acompaña a Su pueblo, y ellos siempre están en Su corazón. En todas sus aflicciones, Él es afligido. Él vela por Su pueblo dondequiera que estén y dondequiera que vayan. Por más horrible que sea el abismo en el que yacen, por más profundo que sea el lodo espeso en el que parecen hundirse, Él aún los ve. Ah, Él los conoce y viene a ellos. Se ocupa de su bienestar espiritual y temporal. ¡El Señor es tan bueno! Aunque Su cuerpo está en el cielo, Su Espíritu está con ellos. No *separamos* las dos naturalezas de Cristo, pero sí las *distinguimos*. En cuanto a Su naturaleza divina, Él siempre está con Su pueblo. Él acampa alrededor de ellos y mora dentro de ellos. De eso canta el poeta, y deseamos también hacerlo con el Salterio 200, la segunda estrofa.

* * * * *

Tercer pensamiento. Él une el cielo y la tierra como Mediador.

La última pregunta del Domingo 18 es acerca de Cristo uniendo el cielo y la tierra como Mediador. Leemos en la Pregunta 49: “¿Qué beneficios nos da la ascensión de Cristo al cielo?”

Otra vez, el Catecismo está preguntando por el beneficio, el consuelo, el provecho de la verdad. En el Domingo 17, se mencionaron tres beneficios que fluyen de la resurrección de Jesús. Y en el Domingo 18 también se mencionan tres beneficios —beneficios que fluyen de Su ascensión. ¿Considerémoslos uno por uno?

“Primero: Él es nuestro intercesor en el cielo delante del Padre.” ¡Qué beneficio! El Cristo ascendido está intercediendo por Su pueblo. Él está orando por ellos en el cielo. Aquel que nunca perdió un caso está intercediendo sobre la base de Su sangre. Él puede exigir la salvación y perseverancia de los elegidos. Él es su Abogado a la diestra del Padre.

Quizá un niño o una niña diga: “Sé que el Señor Jesús está orando por Su pueblo, pero ¿tenía que ir al cielo para orar por ellos? ¿Acaso no oró por ellos ya aquí en la tierra?” Es correcto, y es una maravilla que lo haya hecho. Él oró por ellos incluso mientras dormían, vencidos por la fatiga o la desesperación. Él oró por ellos aquí en la tierra. Juan 17 es un ejemplo glorioso de cómo Cristo, como Sumo Sacerdote, se santificó a Sí mismo por Su pueblo y oró por ellos. Pero ahora que está en el cielo, ora incluso más por ellos. Él es su Abogado. Un abogado desempeña su trabajo en la corte de la justicia. Un abogado no puede abogar por sus clientes mientras está en su casa. Puede visitarlos de vez en cuando, pero su trabajo se realiza en la corte.

Así es con Cristo. Cuando Él hubo pagado por Su pueblo en el Calvario, resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo para presentar Su sacrificio en el santuario celestial y allí interceder por Su iglesia. Como Abogado a la diestra de Dios, Él ahora está intercediendo por un pueblo que carece de mucho en sus oraciones. Si un solo gemido o suspiro tuviera que ser añadido a su salvación, sería un caso perdido. Incluso cuando se les concede orar por el Espíritu de gracia y de súplicas, ven el pecado aun en sus oraciones más tiernas. Ven impureza e imperfección en sus más santos ejercicios. Si no fuera por el Abogado a la diestra de Dios el Padre, este sería un caso perdido para siempre. Ese gran Abogado dice: *“Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; mas yo he rogado por ti para que tu fe no falte”* (Lucas 22:31-32). Él ha orado, y Él sigue orando a la diestra de Dios.

Pueblo de Dios, allí tienen el primer beneficio de la ascensión de Cristo. Un solo pecado es suficiente para hacerles dignos de la condenación eterna y privarles de la comunión con Dios, pero su Salvador está a la diestra del Padre. El apóstol del amor escribe: *“Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo”* (1 Juan 2:1). Juan escribe a personas que son libradas de la esclavitud del pecado. Sin embargo, a menudo no son lo que deberían ser; tan a menudo se desvían porque las raíces del pecado se encuentran en lo profundo de sus corazones. Gracias a Dios, hay un Abogado en el cielo. *“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”* (Hebreos 4:16). Ese es el primer beneficio de la ascensión de Jesús.

¿Hay más? Sí. Nuestro Catecismo dice: “tenemos nuestra carne en el cielo para que, por ello, como una garantía, estemos seguros de que Él, siendo nuestra cabeza, nos atraerá a Sí como miembros Suyos.” Ese es el segundo beneficio. El Mediador une el cielo y la tierra. Llevó Su naturaleza humana al cielo. Antes de que el Hijo de Dios viniera a este mundo, no tenía un cuerpo humano. Sin embargo, en el cumplimiento del tiempo, asumió carne y sangre de la Virgen María. Se hizo hombre, aunque permaneció siendo Dios. Tuvo un cuerpo. Cuando regresó al cielo, volvió con ese cuerpo. Aunque ese cuerpo está glorificado, todavía es un cuerpo humano. Es nuestra propia carne y sangre. Y esa carne está actualmente en el cielo como una garantía, dice nuestro Catecismo.

Ahora entendemos mejor por qué el error de Martín Lutero es tan dañino para la vida espiritual de la iglesia de Dios. Si mi carne no estuviera en el cielo, ¿cómo podría estar seguro de que yo también llegaré allí? La Cabeza y el cuerpo se pertenecen el uno al otro. Cristo y Su pueblo participan de la misma naturaleza humana. Si la Cabeza está allí, el cuerpo ciertamente seguirá. Su naturaleza humana es una garantía de ello. Ya está en la gloria celestial, más allá de toda lucha. Es una garantía de que Él, como Cabeza, traerá a Sí a todos Sus miembros. Él ha ido por delante de ustedes, pueblo de Dios, y Él volverá en ese gran día para guiarlos a esa tierra de gloria con cuerpo y alma.

¿Anhelan ese día? No pueden negarlo por completo. A veces ese anhelo es muy fuerte, pero, en otras ocasiones, puede ser tan débil. Afortunadamente, *Él también* anhela ese gran día, ese gran reencuentro, y *Su* anhelo es el más fuerte. Su amor nunca disminuye. Él es Aquel que es mayor que Booz, y nunca descansará hasta que Su esposa esté en casa para glorificar a Dios para siempre. Lo ha prometido. Su cuerpo está en el cielo como una garantía segura de que será cumplido.

Aun así, hay otro beneficio en la verdad de la ascensión de Jesús, un último beneficio. “Tercero: Que desde allí nos envía Su Espíritu como prenda recíproca, por cuya virtud buscamos, no las cosas de la tierra, sino las de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.” Otra vez, permítanme usar un ejemplo para hacer esto un poco más claro. Jóvenes, si ustedes encuentran a alguien como compañero de vida y están seguros de que realmente se aman, harán un compromiso. Se comprometen. Como señal de ese compromiso, se dan un anillo el uno al otro. Ese anillo es un símbolo de su promesa de casarse. No es tanto un adorno, sino una prenda. Es una señal de amor y fidelidad.

¿Da el Señor también una prenda a Su pueblo? Sí, lo hace. Él da Su Espíritu. Él llevó consigo nuestra naturaleza humana al cielo, pero a cambio nos envía algo. Es una prenda, una señal, un anillo de bodas. ¿Cuál es esa prenda? El Espíritu Santo. Por medio de ese regalo, Él promete que algún día Su novia lo encontrará en la sala de bodas celestial. Ella ascenderá al palacio de Su

Padre para estar con Él durante toda la eternidad. Así, el Espíritu de Cristo, morando en su corazón, es una prenda dada por Él.

Es una prenda *segura*. El Señor no falla en Su promesa. Puede haber decepciones entre las personas en la tierra, decepciones muy dolorosas. Incluso eso puede suceder entre personas casadas. El hombre se ha vuelto una criatura infiel y poco confiable. Sin embargo, el Señor nunca es infiel a Su esposa. Él es siempre el mismo. Nunca la abandonará, sino que la llevará consigo. La prenda de esa promesa es el Espíritu que le fue dado. Él es el anillo de compromiso, que el Esposo da a Su iglesia.

Ahora, supongan que dos jóvenes comprometidos están separados y no pueden verse por un largo tiempo. Aunque la comunicación entre ellos es limitada, aun se pertenecen el uno al otro. Cuando la joven señorita mira el anillo que recibió de su novio, pensará en él. Le hace recordar su promesa de venir y casarse con ella. De igual modo, cuando el joven mira su anillo, sus pensamientos reposarán en aquella a quien ama. ¿Ven el significado? Para decirlo con reverencia, cuando el Señor considera la naturaleza humana que llevó consigo mismo al cielo, piensa en Su pueblo aquí abajo. Y cuando esas personas son animadas por el Espíritu de Cristo a mirar hacia el cielo, pueden saber que tienen una prenda *encima de ellos* (la naturaleza humana de Cristo) y una prenda *dentro de ellos* (el Espíritu de Cristo). Son asegurados de que el día en que Él se casará con ellos ante el rostro de Su Padre se acerca.

Nuestro Catecismo dice: “Que desde allí nos envía Su Espíritu como prenda recíproca, por cuya virtud buscamos, no las cosas de la tierra, sino las de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.” Oh, pueblo de Dios, ustedes están viajando por el valle de este mundo, pero Su ojo está fijado en ustedes. Oh, que ustedes pudieran levantar la mirada cada vez más hacia arriba, para que buscaran las cosas de arriba y no las cosas que están aquí en la tierra.

Congregación, debemos concluir. Busquen al Señor mientras puede ser hallado. Pronto vendrá de nuevo para juzgar a los vivos y a los muertos. ¿Tienen miedo de ello? ¿Alguna vez lo consideran? Si usted muriera en un accidente de tránsito esta semana, tendría que comparecer ante el tribunal de Dios. Oh, si usted ha *vivido* con el mundo, tendrá que *perecer* con este mundo. Entonces será peor para usted que para aquellos que nunca han escuchado esta preciosa Palabra, el evangelio de salvación. ¡Oh, búsquenlo antes de que sea demasiado tarde! Supliquen al Señor: “*Atráeme; en pos de ti correremos*” (Cantares 1:4 RVR60).

Aquellos entre nosotros que no saben dónde se encuentran, que no se atreven a considerarse una de estas personas benditas, ¿cuál es su deseo? Nunca más podrán estar felices en el mundo, pero se sienten forasteros, y no saben qué pensar de sí mismos. Oh, no descansen hasta que, por fe, puedan ver a Cristo. No reposen hasta que puedan huir a Aquel que vino a este mundo y que volvió al cielo. No descansen hasta que puedan conocer estos preciosos beneficios de los

que hemos escuchado hoy; no reposen hasta que también puedan regocijarse en ese anillo de compromiso que Él da a Su pueblo.

Esposa de Cristo, que el Señor les conceda que sigan las pisadas de su Esposo, negándose a sí misma, odiando y huyendo del pecado y perseverando en el camino. Ese gran Abogado ha dicho: *“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria”* (Juan 17:24). Qué sea entonces su ardiente oración: “Ven, Señor Jesús, sí, ven en breve”. Amén.

Salterio 202:2